

**Misa del Encuentro
San Bonifacio, Edwardsville
31 de octubre de 2021
XXXI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B**

**† Reverendísimo Thomas John Paprocki
Obispo de Springfield en Illinois**

Mis queridos hermanos sacerdotes y diáconos, amados religiosos consagrados [hombres y] mujeres y mis hermanos y hermanas laicos en Cristo, es bueno estar aquí mientras nos unimos para celebrar la resurrección de Nuestro Señor este domingo y tener nuestra Misa Encuentro anual.

Disfruto mirando la etimología de las palabras y tenemos como pasto de nuestra reflexión esta tarde el propósito de esta Misa: “encuentro” / “encuentro”. Tanto en inglés como en español, "encuentro" tiene como raíz las dos palabras latinas "in" y "contra". “En”, por supuesto, significa en / adentro / dentro - tiene la idea de dos cosas que están unidas entre sí, casi hasta el punto de fusionarse, o al menos una unión cercana de algún tipo. “Contra”, por otro lado, significa en contra / opuesto / contrario / contrario a - y tiene la idea de que algo va en contra, o se opone de alguna manera a otra cosa. Entonces, "En-counter" es una paradoja en sí mismo. Es una

palabra que habla de unión y contradicción; de algo que está tanto dentro como opuesto a otra cosa.

¿Pero no es así a veces la vida cristiana? Hoy temprano tuve la oportunidad de hablarles sobre el llamado del Señor a seguirlo como discípulos, a entregar nuestras vidas a Jesús no como simples admiradores, por así decirlo, sino como verdaderos seguidores. Sin embargo, ¡a veces nos resulta difícil entregarnos de todo corazón a Jesús! Paradójicamente, a veces sentimos que estamos "en" Cristo - somos amigos de Él y nos sentimos cerca de Él - pero otras veces nuestro corazón se inclina, "contra" de Él - encontramos Sus palabras difíciles, Su llamado difícil, y sentimos su presencia lejos de nosotros. ¡No teman esta paradoja! San Pablo habló de esto a los romanos con sus famosas palabras: "Tengo el deseo de hacer el bien, pero no puedo llevarlo a cabo. Porque no hago el bien que quiero hacer, sino el mal que no quiero hacer, esto lo sigo haciendo" (Romanos 7: 18-19).

Este es, me parece, el dilema preciso que el escriba le plantea a Jesús en nuestro Evangelio de hoy: "¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?" (Marcos 12:28). Era un enigma famoso proponérselo a cualquier rabino, ya que todos los mandamientos de la Ley eran sagrados, por lo que cualquier rabino se encontraba en un pequeño aprieto al elegir

uno de ellos por encima de los demás. Aún diferentes escuelas de pensamiento judío, dirigidas por varios rabinos, eligieron diferentes mandamientos como el principal de todos ellos, el que prepara el escenario, u ofrece una clave o fundamento para todos los demás, y así, este escriba estaba colocando el rompecabezas ante Nuestro Señor, y también deseando escuchar lo que Él diría.

“Pero, ¿por qué este escriba hace esta pregunta?” Jesús termina alabando al hombre por su franqueza y comprensión, así que parece que vino con una disposición abierta y quizás por esta razón puede ser un ejemplo para nosotros. Pero me parece que esta pregunta era tan central precisamente el acertijo que encontramos en esa palabra en-counter, y que descubrimos corriendo por nuestros propios corazones: no es fácil guardar todos los mandamientos. Si luchamos por mantenernos fieles, ¿por dónde deberíamos empezar? ¿Dónde debemos enfocar nuestros esfuerzos?

La respuesta de Jesús no sorprendió al escriba. El Señor se dirige a una de las leyes más preciosas de todo el Antiguo Testamento, la oración shema de Deuteronomio 6: 4 que también escuchamos hoy en nuestra primera lectura: “Oye, Israel: el SEÑOR nuestro Dios, el SEÑOR es uno; y amarás al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus

fuerzas". Esta es la oración que los judíos devotos orarían todos los días, enseñándola cuidadosamente a sus hijos y confiando en tiempos de persecución o tentación para permanecer fieles al Único Dios Verdadero. Como explica Deuteronomio, es en fidelidad a este credo que los israelitas, y nosotros, sus descendientes espirituales, seremos bendecidos por Dios.

Por supuesto, Jesús combina esta obvia "ley más grande" con otra, citando sin esfuerzo Levítico 19:18: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Esta enseñanza es algo novedosa. Jesús no se contenta con una ley, sino que habla de esta segunda, de la exigencia de amar al prójimo, como corolario esencial de la primera. Mucho se ha dicho y podría decirse sobre esta respuesta, gran parte de la cual encaja perfectamente con la conversación que tuvimos hoy temprano sobre el discipulado y los cuatro pilares de la hospitalidad, la oración, la formación y el servicio, mediante los cuales nuestra diócesis se compromete a ser discípulos de Cristo. Esos pilares son cuatro formas fundamentales en las que ponemos en acción la doble comisión de Cristo de amar a Dios primero y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Como cristianos y discípulos, siempre podemos crecer en amor, y las palabras de Nuestro Señor siempre deben permanecer ante

nuestras mentes como la suma de Su llamado por encima de todos los demás.

Hoy, sin embargo, con la paradoja que surge de la palabra "encuentro" en mi mente, me dirijo a Cristo sin preguntarme tanto qué implica Su mandamiento - creo que todos tenemos una idea de las áreas en las que podríamos amar más como Él - pero en cambio le pregunto cómo podemos vivir mejor Su Amor en nuestras vidas. Cada santo, obispo y cristiano a lo largo de los siglos ha luchado por vivir de acuerdo con el amor como Cristo, todos nos encontramos en parte "en" y en parte "en contra"; la mitad de nuestro corazón está dispuesto, y la mitad de nosotros no está dispuesto a amar como Él ama. Somos pecadores, un hecho muy evidente para cada uno de nosotros todos los días. ¡¿Qué hacemos entonces?!

Cristo nos ofrece la respuesta, como lo hizo con ese escriba: "No estás lejos del reino de Dios" (Marcos 12:34). Por un lado, está alabando al hombre por su pregunta y su voluntad de estar de acuerdo con Jesús: "¡estás en el camino correcto!" Jesús lo elogia, pero hay más aquí que un cumplido. El Papa Benedicto XVI, en el primer volumen de Jesús de Nazaret, habla vívidamente del Reino que Jesús proclama y luego ofrece la asombrosa percepción de que, al final, Jesús es el Reino en su plenitud. Cuando estamos

unidos con Jesús, estamos en Su Reino; cuando lo escuchamos, no estamos lejos del Reino. Por mucho que nos preocupemos por vivir de acuerdo con la ley de Su Reino, de una manera maravillosa, si estamos con Jesús, estamos en el Reino. Para decirlo en las palabras de nuestra oración familiar cristiana, si estamos unidos a Jesús, Su Reino se acerca. También nos ofrece estas palabras como un estímulo: “¡mantente fiel! ¡Estás en el camino correcto!”, Pero también son palabras de invitación: “Yo soy el Reino. Confía en mí. ¡Quédate conmigo! ¡Conozco tus luchas, pero también sé cómo hacerte santo! ”

Esta es la gran verdad que proclama la Carta a los Hebreos: “Jesús, porque permanece para siempre, tiene un sacerdocio que no pasa. Por tanto, siempre puede salvar a los que se acercan a Dios por medio de él, ya que vive eternamente para interceder por ellos” (7: 24-25). Ninguno de nosotros puede acercarnos a Dios. No importa cuánto lo intentemos, no seremos capaces de convertir nuestro corazón con nuestros propios esfuerzos. Pero, incluso si nuestros corazones están divididos, el corazón de Jesús no está dividido. Él está de todo corazón, perfectamente, entregado en amor obediente a Su Padre, y con Él intercediendo por nosotros, y siempre ofreciéndonos la misericordia de Dios en la Confesión, y el amor

interminable de Dios en la Eucaristía, no tenemos nada que temer en este camino y lucha para seguir a Dios. Los sacramentos de la Iglesia nos ofrecen un lugar garantizado de cercanía con Jesús. Si pudiera decirlo de esta manera, son el lugar del encuentro. Cada uno de los sacramentos es un lugar al que nos dirigimos, tal como somos; fieles, si todavía estás luchando; siguiendo, aunque caigamos; eligiendo el amor, incluso si todavía tenemos que luchar contra el pecado, y cada uno nos ofrece la gracia y la presencia de Cristo para continuar Su obra de redención en nuestros corazones.

Esta Misa del Encuentro a menudo tiene lugar hacia el final del año litúrgico; este año sólo tenemos dos domingos más en el Tiempo Ordinario, luego la Solemnidad de Cristo, el Rey del Universo, y luego estaremos entrando en la hermosa temporada de Adviento y comenzando un nuevo año caminando por los misterios de Nuestro Señor. Al final de cada día, la Iglesia recomienda que examinemos nuestras conciencias, repasando esas 24 horas en busca de momentos en los que recibimos el amor del Señor y momentos en los que no logramos vivir de él. Hoy, cuando nos acercamos al final de este año en la vida de la Iglesia, me pregunto si Jesús nos está invitando a alejarnos aún más y revisar este año pasado de 2021 para ver los momentos en los que estuvimos cerca de Él y los momentos en los que

estuvimos lejos de ser fieles seguidores. Buscar en nuestros corazones aquellas áreas en las que estamos “en”, es decir, con Cristo, y áreas en las que estamos “contrarios”, es decir, no entregados a Él. Examinarnos a nosotros mismos a la luz de esa palabra en-counter, pero luego volvernos a Jesús con esperanza, buscando el encuentro con Él que continuará la obra conquistadora de Su amor en nuestros corazones y hogares.

Que Dios nos dé esta gracia. Amén.